

CAPITULO I

LA CAUSA PRIMARIA DE LAS CRISIS ECONOMICAS PERIODICAS

1 Nuestra larga investigación ha concluido. Podemos ahora ordenar los resultados.

2 Comencemos por las crisis económicas, a cuenta de las cuales han sido formuladas tantas teorías contradictorias e incoherentes.

3 Creo que considerar cómo el aumento especulativo del valor de la tierra disminuye las ganancias del trabajo y del capital y refrena la producción, lleva irresistiblemente a la conclusión de que ésta es la causa fundamental de aquellas crisis económicas periódicas a las que cada país civilizado, y el conjunto de los países civilizados, parecen cada vez más propensos.

4 No quiero decir que no haya otras causas inmediatas. La creciente complejidad e interdependencia del mecanismo de la producción, en que cualquier choque o detención se propaga al través de un círculo que se va ensanchando; el esencial defecto del dinero circulante, que se contrae cuando más se necesita, y las tremendas variaciones de volumen que sobrevienen en las formas más sencillas del crédito comercial, el cual, en escala mucho mayor que el dinero en cualquiera de sus formas, constituye el medio o vehículo de los cambios; los aranceles proteccionistas, que oponen barreras artificiales al mutuo juego de las fuerzas productoras, y otras causas similares, indudablemente son parte importante en originar y prolongar lo que se llaman "malos tiempos".

Pero tanto de la consideración de los principios como de la observación de los fenómenos, aparece claro que la gran causa inicial ha de buscarse en el aumento especulativo del valor de la tierra.

5 En el capítulo precedente he demostrado que el aumento especulativo en el valor de la tierra tiende a empujar el margen del cultivo o producción más allá de su límite normal, compeliendo así al trabajo y al capital a aceptar una recompensa menor o (y éste es el único medio por el cual pueden resistir esa tendencia) a cesar de producir. Ahora bien, no sólo es natural que el trabajo y el capital se resistan a la reducción del salario y del interés por el avance especulativo de la renta, sino que se ven obligados a ello por propia defensa, toda vez que hay un *mínimum* de remuneración bajo el cual el trabajo no puede existir ni se puede reponer el capital. Por consiguiente, del hecho de la especulación en tierra podemos inferir todos los fenómenos que caracterizan estas épocas periódicas de crisis económicas.

6 En una colectividad progresiva, cuya población aumente y donde los perfeccionamientos técnicos se sucedan, la tierra tiene que aumentar de valor constantemente. Este aumento continuo mueve naturalmente a una especulación en que es anticipado el futuro aumento, y el valor de la tierra es llevado más allá del punto en el cual, en las actuales condiciones de la producción, dejaría al trabajo y al capital sus remuneraciones habituales. La producción, por consiguiente, empieza a detenerse. No es que necesaria, ni siquiera probablemente, haya una disminución absoluta en la producción, sino que habrá lo que, en un pueblo progresivo, equivaldría a una disminución absoluta de producción en un país estacionario: una falta de aumento proporcional en la producción, debido a que los nuevos aumentos del trabajo y capital no hallan empleo a los tipos acostumbrados.

7 Este paro de la producción en unos puntos, necesariamente tiene que manifestarse en otros de la red económica, como un cese en la demanda, que refrenará a su vez la producción; y así, la parálisis se comunicará a través de todos los engranajes de la

industria y del comercio, produciendo en todas partes una parcial dislocación de la producción y del cambio, y dará como resultado fenómenos que parecen indicar sobreproducción o exceso de consumo, según el punto de vista desde el cual se los contempla.

El período de depresión que de esto se sigue continuará hasta que: primero, el avance especulativo de la renta haya desaparecido; o, segundo, la mayor eficacia del trabajo, debida al aumento de población y al progreso de los inventos, consiga que la línea normal de la renta alcance la línea de la renta de especulación; o, tercero, el trabajo y el capital se hayan avenido a emprender la producción por recompensas menores. O, más probablemente, las tres causas juntas colaborarán para un nuevo equilibrio, en el cual entrarán otra vez todas las fuerzas de la producción y seguirá un período de actividad; entonces la renta empezará a subir de nuevo, otra vez se efectuará un alza especulativa, la producción volverá a ser refrenada, y se volverá a recorrer el mismo ciclo.

En el prolijo y complicado sistema de producción característico de la civilización moderna, donde, por otra parte, no hay cosa tal como una comunidad económica distinta e independiente, sino tan sólo comunidades separadas geográfica o políticamente, que mezclan y entrelazan sus organizaciones económicas de diferentes modos y en grados variados, no puede esperarse que se vea seguir este efecto a la causa tan clara y exactamente como en el caso de una economía más sencilla y en un pueblo que formase un sistema económico completo y distinto; sin embargo, los fenómenos que actualmente presentan estos períodos alternativos de actividad y depresión concuerdan de un modo claro con lo que hemos deducido del aumento de la renta por especulación.

La deducción presenta así los actuales fenómenos como corolarios del principio. Si invertimos el procedimiento, es fácil llegar al principio por inducción partiendo de los fenómenos mismos.

Estos períodos de crisis van siempre precedidos de otros de actividad y especulación, y en todas partes se admite la conexión entre ambos; se considera la crisis como la reacción de la especu-

lación, del mismo modo que el dolor de cabeza por la mañana es la reacción de los excesos de la noche anterior. Pero en cuanto al modo como la depresión proviene de la especulación, hay dos opiniones o escuelas diferentes, como lo muestran los intentos hechos en uno y otro lado del Atlántico para explicar la actual crisis económica.

¹² Una escuela dice que la especulación produce la crisis al causar la sobreproducción, y presenta los almacenes llenos de géneros que no se pueden vender a precios remuneradores; las fábricas, cerradas o trabajando la mitad de las horas; las minas, abandonadas; los vapores, desaparejados; el dinero, ocioso en los sótanos de los bancos, y los trabajadores, obligados al ocio y la privación. Se citan estos hechos como signos de que la producción ha excedido la demanda del consumo, y, por otra parte, se hace ver que, cuando un gobierno, durante la guerra, entra en el mercado como un enorme consumidor, hay una gran actividad económica, como en Estados Unidos durante la guerra civil, y en Inglaterra durante la lucha napoleónica.

¹³ La otra escuela dice que la especulación ha producido la crisis por causar un exceso de consumo, y presenta los almacenes llenos, los vapores aherrumbrándose, las fábricas cerradas y los obreros parados, como testimonio de una interrupción de demanda efectiva, que, dicen, resulta evidentemente de que la gente, habiéndose hecho pródiga por una prosperidad ficticia, ha vivido por cima de sus recursos y ahora se ve forzada a reducirse, esto es, a consumir menos riqueza. Señala además el enorme consumo de riqueza en guerras, construcción de ferrocarriles improductivos, préstamos hechos a gobiernos insolventes, etc., como excesos que, si bien no se notan inmediatamente, como el pródigo no observa en seguida la disminución de su fortuna, deben repararse después con una temporada de consumo reducido.

¹⁴ Ahora bien, cada una de esas teorías expresa evidentemente un lado o fase de la verdad general; pero ninguna de ellas abarca

la verdad completa. Como explicación del fenómeno, ambas son igual y completamente descabelladas.

15 Porque mientras la gran masa de los hombres necesite más riqueza de la que puede obtener, y esté dispuesta a dar por ella lo que es la base y primera materia de la riqueza —su trabajo—, ¿cómo puede haber un exceso de producción? Y mientras el mecanismo de la producción se desperdicia y los productores están condenados al ocio, bien a pesar suyo, ¿cómo puede haber exceso de consumo?

16 Cuando, con el deseo de consumir más, coexisten la aptitud y voluntad de producir más, la parálisis productiva y comercial no se puede achacar a un exceso de producción ni a un exceso de consumo. Manifiestamente, el desorden estriba en que la producción y el consumo no se pueden encontrar y satisfacer mutuamente.

17 ¿De dónde nace esta imposibilidad? Es, evidentemente y por consenso común, el resultado de la especulación. Pero ¿especulación en qué?

18 Ciertamente que no es especulación en cosas que son producto del trabajo —en productos agrícolas, minerales, o géneros manufacturados—, porque el efecto de la especulación en tales cosas, como se enseña perfectamente en los tratados corrientes que me excusan de explicarlo, es, sencillamente, equilibrar la oferta y la demanda y sostener el mutuo juego de la producción y el consumo por una acción análoga a la del volante de una máquina.

19 Por consiguiente, si la especulación es la causa de esas crisis económicas, debe de ser especulación en cosas que no sean producto del trabajo, y, sin embargo, necesarias para emplear el trabajo en la producción de riqueza —de cosas en cantidad fija—, esto es, tiene que ser especulación en tierra.

20 Que la especulación en tierra es la verdadera causa de la crisis económica es, en Estados Unidos, evidente por completo. En todo período de actividad económica, el valor de la tierra se ha elevado constantemente, culminando en la especulación que lo aumenta a grandes saltos. A esto ha seguido invariablemente una

interrupción parcial en la producción, y su correlativo, el cese de la demanda efectiva (tráfico encalmado), acompañada generalmente de una bancarrota comercial; después ha seguido un período de inacción relativa, durante el cual el equilibrio se ha restablecido poco a poco, y el mismo ciclo se ha repetido. Esta relación se puede observar en todo el mundo civilizado. Los períodos de actividad económica culminan siempre en un aumento especulativo del valor de la tierra, seguido de síntomas de obstrucción de la producción, que generalmente se manifiesta al principio por una interrupción en los pedidos de los países más nuevos, donde el crecimiento del valor de la tierra ha sido mayor.

21 Que ésta tiene que ser la principal explicación de tales períodos de crisis, se verá analizando los hechos.

22 Recordemos que todo comercio es un cambio de mercancías por mercancías, y de aquí que la interrupción de la demanda de alguna de ellas, que la depresión del comercio indica, es en realidad una interrupción en la oferta de otras mercancías. Que los comerciantes vean disminuir las ventas y los fabricantes escasear los pedidos, cuando los productos que ellos tienen para vender o están prontos a fabricar son cosas de las cuales hay un deseo muy difundido, muestra sencillamente que ha disminuido la oferta de otras cosas que en el proceso comercial se cambiarían por aquéllas. En lenguaje vulgar decimos que "los compradores no tienen dinero" o que "el dinero escasea", pero, hablando de este modo, olvidamos que el dinero no es sino el medio de cambio. Lo que los supuestos compradores realmente necesitan no es dinero, sino mercancías que puedan convertir en dinero; lo que en realidad se ha vuelto escaso es alguna clase de productos. Por consiguiente, la disminución de la demanda efectiva de los consumidores no es más que el resultado de una disminución de la producción.

23 Esto lo ven con mucha claridad los almacenistas en una ciudad industrial, cuando las fábricas están cerradas y los obreros sin trabajo. Es el cese de la producción lo que a los trabajadores les

priva de los recursos para comprar lo que desean, y por ello dejan al tendero lo que, en vista de la disminución de la demanda, son existencias superabundantes, y le obliga a despedir a alguno de sus empleados y, si no, a reducir sus pedidos. Y la interrupción en la demanda (hablo, naturalmente, de casos generales, no de una variación en la demanda relativa por causas como un cambio de moda), que deja al fabricante con existencias superabundantes y le obliga a despedir obreros, debe de tener el mismo origen. En alguna parte (tal vez al otro extremo del mundo), un obstáculo a la producción ha impedido la demanda para el consumo. Que la demanda haya disminuido sin que la necesidad esté satisfecha, prueba que la producción se ha detenido en alguna parte.

24 Las gentes necesitan ahora tanto como siempre las cosas que fabrica el manufacturero, así como los obreros necesitan las cosas que el tendero tiene en venta. Pero no tienen tanto como antes para darlo por ellas. La producción ha sido refrenada en alguna parte, y esta menor oferta de algunas cosas se ha manifestado reduciendo la demanda de otras, propagándose la restricción a través de todo el mecanismo de la industria y el comercio. Ahora bien, la pirámide económica descansa, manifiestamente, sobre la tierra. Las ocupaciones primarias y fundamentales, que crean una demanda para todas las demás, son, evidentemente, las que extraen riqueza de la Naturaleza; y por esto, si seguimos la cadena de los cambios de uno en otro, este freno de la producción, que se manifiesta disminuyendo los medios para comprar, tenemos que encontrarlo finalmente en algún obstáculo que impide al trabajo emplearse en la tierra. Y este obstáculo, evidentemente, es el aumento de la renta o del valor de la tierra a causa de la especulación, que produce los mismos efectos que el despido (*lock-out*) del trabajo y el capital por los propietarios (de hecho así es). Este refrenamiento de la producción, principiando por la base de la entrelazada actividad, se propaga de un ramo del comercio a otro, convirtiéndose la interrupción de la oferta en falta de demanda, hasta que, por así decirlo, la máquina entera está des-

engranada, y se ofrece por todas partes el espectáculo del trabajo que se desperdicia, mientras que los trabajadores padecen necesidad.

25

Este extraño y antinatural espectáculo de un gran número de hombres deseosos de encontrar ocupación y sin poder encontrarla, basta para sugerir la causa verdadera a quien pueda pensar racionalmente. Porque, aunque la costumbre de verlo nos embote, *es* cosa rara y antinatural que hombres deseosos de trabajar, para satisfacer sus necesidades, no puedan hallar ocasión de hacerlo, puesto que siendo el trabajo el que produce la riqueza, el hombre que trata de cambiar trabajo por alimento, vestido o cualquier otra forma de riqueza, es como quien propusiera dar plata u oro en barras por moneda, o trigo por harina. Hablamos de oferta de trabajo y demanda de trabajo; pero evidentemente éstos sólo son términos relativos. La oferta de trabajo es la misma en todas partes —dos manos vienen siempre al mundo con una boca, veintiún niños por cada veinte niñas— y la demanda de trabajo tiene que existir siempre mientras los hombres necesiten cosas que el trabajo puede procurar. Hablamos de “falta de trabajo”; pero evidentemente no es trabajo lo que escasea mientras la necesidad persista; evidentemente la oferta de trabajo no puede ser demasiado grande ni la demanda de trabajo demasiado pequeña, cuando la gente sufre por carecer de las cosas que el trabajo produce. La verdadera perturbación tiene que consistir en que de algún modo se impide a la oferta satisfacer la demanda, en que existe en alguna parte un obstáculo que impide al trabajo producir las cosas que los trabajadores necesitan.

26

Supongamos el caso de uno cualquiera de entre estas masas de hombres sin empleo, a quien, aunque nunca haya oído hablar de Malthus, le parece que hay demasiada gente en el mundo. En su propia penuria, en las necesidades de su mujer angustiada, en las exigencias de sus hijos mal cuidados y quizá hambrientos y ateridos, hay bastante demanda de trabajo. ¡Dios lo sabe! En sus propias manos voluntariosas está la oferta. Ponedle en una

isla solitaria, y, aun careciendo de tan enormes ventajas como la colaboración, asociación y mecanismo de una sociedad civilizada dan al poder productivo, sus dos manos podrán llenar las bocas y mantener en calor los cuerpos que dependen de ellas. Sin embargo, donde el poder productivo está en su mayor desarrollo, no le es posible. ¿Por qué? ¿No es porque en un caso tiene acceso a las materias y fuerzas de la Naturaleza y en el otro este acceso le está negado?

27 ¿No es el hecho de que el trabajo esté así separado de la Naturaleza lo único que puede explicar el estado de cosas que obliga a permanecer ociosos a los hombres que proveerían de buena gana a sus necesidades con su trabajo? La causa inmediata de la ociosidad forzosa en que se hallan muchos hombres podrá ser que otros no piden las cosas especiales producidas por ellos; pero seguid esta causa de un punto a otro, de ocupación en ocupación, y hallaréis que la ociosidad forzosa en un oficio es originada por la ociosidad forzosa en otro, y que la parálisis que embota todos los negocios no puede decirse que nazca de una oferta de trabajo demasiado grande, ni de una demanda de trabajo demasiado pequeña, sino que tiene que provenir del hecho de que la oferta no puede concordar con la demanda produciendo las cosas que satisfacen las necesidades y son el objetivo del trabajo.

28 Ahora bien, lo necesario al trabajo para producir estas cosas es tierra. Cuando hablamos de trabajo creador de riqueza, hablamos metafóricamente. El hombre no crea nada. Toda la raza humana, aunque trabajase eternamente, no podría crear la más tenue partícula que flota en un rayo de sol; no podría hacer un átomo más pesada ni más ligera esta esfera giratoria. El trabajo, al producir riqueza con el auxilio de las fuerzas naturales, no hace sino dar las formas deseadas a la materia preexistente, y por consiguiente, para producir riqueza, ha de tener acceso a esta materia y a estas fuerzas, es decir, a la tierra. La tierra es la fuente de toda riqueza. Es la mina de que ha de extraerse el mineral que el trabajo adapta. Es la sustancia a la cual el trabajo

da la forma. Y por esto, cuando el trabajo no puede satisfacer sus necesidades, ¿no podemos inferir con certeza que sólo puede atribuirse a que al trabajo se le niega el acceso a la tierra?

29 Cuando en todos los negocios hay lo que llamamos escasez de ocupación; cuando por todas partes el trabajo se desperdicia, mientras el deseo queda insatisfecho, el obstáculo que impide al trabajo producir la riqueza que necesita, ¿no tiene que residir en los cimientos del edificio económico? Este cimiento es la tierra. Las modistas, los constructores de instrumentos ópticos, los doradores y pulidores no son la vanguardia de las colonias nuevas. Los mineros no fueron a California o a Australia porque hubiese allí zapateros, sastres, maquinistas o impresores, sino que éstos siguieron a los mineros, del mismo modo que siguen ahora a los mineros del oro de los Black Hills y a los mineros de diamantes de Sudáfrica. El tendero no motiva la existencia del labrador, sino que el labrador hace venir al tendero. No es el crecimiento de la ciudad lo que desarrolla el campo, sino que el desarrollo del campo hace crecer la ciudad. Y de esto se deduce que cuando en todas las ramas los hombres que desean trabajar no hallan la oportunidad de hacerlo, la dificultad debe originarse en la ocupación que crea la demanda de todas las demás; tiene que ser porque la tierra le está cerrada al trabajo.

30 En Leeds o Lowel, en Filadelfia o Manchester, en Londres o Nueva York, puede ser necesario entender los principios fundamentales para ver esto; pero donde el desarrollo económico no ha llegado a ser tan complicado ni los eslabones extremos de la cadena se hallan tan extraordinariamente separados, basta observar hechos notorios. Aunque todavía no tiene treinta años de existencia, la ciudad de San Francisco, tanto en población como en importancia comercial figura entre las grandes ciudades del mundo, y es la primera metrópoli de América después de Nueva York. Aunque todavía no tiene treinta años de existencia, desde hace algunos contiene un número creciente de hombres sin ocupación. Es claro, en este caso, que hay tantos hombres sin trabajo

en la ciudad porque no lo hallan en el campo; pues cuando empieza la recolección salen en bandadas, y cuando la cosecha ha terminado, en bandadas regresan nuevamente a la ciudad. Si estos hombres, ahora parados, estuvieran extrayendo de la tierra riqueza, no sólo se ocuparían ellos, sino que emplearían a todos los oficios de la ciudad, dando parroquia a los tenderos, negocios a los comerciantes, público a los teatros, suscriptores y anuncios a los periódicos, creando una demanda efectiva que se sentiría hasta en la Nueva y la Vieja Inglaterra y en todos los parajes del mundo de donde vienen los artículos que, cuando hay medios de pagarlos, tal población consume.

31 Ahora bien, ¿por qué este trabajo sin ocupación no puede emplearse a sí mismo en la tierra? No es que toda la tierra se utilice. Aun cuando en San Francisco se empiezan a manifestar todos los síntomas que en los países antiguos se toman por señal de exceso de población, es ocioso hablar de tal exceso tratándose de un Estado que, con recursos naturales mayores que los de Francia, no tiene todavía un millón de habitantes. A pocas millas de San Francisco hay bastante tierra inculca para dar ocupación a cuantos la necesiten. No quiero decir que todos los hombres sin trabajo pudieran hacerse labradores o construirse personalmente una casa si tuviesen tierra, sino que podrían y querrían hacerlo muchos de ellos, dando de este modo ocupación al resto. ¿Qué es lo que impide, pues, al trabajo ocuparse en esta tierra? Simplemente que ha sido monopolizada y se retiene a precios especulativos que no están basados sobre el valor presente, sino sobre el mayor valor que adquirirá con el aumento futuro de la población.

32 Lo que todo el mundo puede observar en San Francisco, puede verse sin duda con igual claridad en otros sitios.

33 La actual crisis comercial e industrial que principió a sentirse de un modo claro en Estados Unidos en 1872, y se ha extendido con más o menos intensidad por todo el mundo civilizado, se atribuye en gran parte a la desmedida expansión del sistema ferroviario, con lo cual hay muchas cosas que parecen tener relación.

Sé muy bien que la construcción de vías férreas antes de ser necesarias puede desviar el capital y el trabajo de una aplicación productiva a otras que lo sean menos, y empobrecer un país en lugar de hacerlo más rico; y cuando la manía de los ferrocarriles estaba en su apogeo, señalé esto en un folleto político destinado al pueblo de California (*Los subsidios y el partido Demócrata*, 1871); pero atribuir a este despilfarro de capital un colapso tan extenso de la economía, me parece una cosa análoga a suponer que una marea desusadamente baja es debida a la extracción de unos pocos cubos de agua del mar. El derroche de capital y trabajo durante la guerra civil fue enormemente mayor del que sería posible por la construcción de caminos de hierro innecesarios, y no produjo tal resultado. Y ciertamente parece una falta de sentido hablar del derroche de capital y trabajo en ferrocarriles como causa de esta crisis, cuando la manifestación prominente de la crisis ha sido la superabundancia de capital y trabajo en busca de empleo.

34

Que existe, no obstante, una relación entre la rápida construcción de los ferrocarriles y la crisis económica, puede verlo fácilmente quien comprenda lo que significa el aumento del valor de la tierra y haya observado el efecto que la construcción de ferrocarriles provoca sobre la especulación en tierras. Donde se construía o se proyectaba una de estas vías, el valor de las tierras daba un salto por la influencia de la especulación, y miles de millones de dólares se unían a los valores nominales que el capital y el trabajo debían pagar al contado o a plazos como precio del permiso de ir a trabajar y producir riqueza. El resultado inevitable fue refrenar la producción, y este freno a la producción se propagó por una interrupción de la demanda, que refrenó la producción hasta el último límite del ancho círculo de los cambios, obrando con acumulada fuerza en los centros de la gran comunidad económica que el comercio hace del mundo civilizado.

35

Los efectos primarios de esta causa quizá no se puedan estudiar en ninguna parte con tanta claridad como en California,

que, por su aislamiento relativo, constituía una comunidad peculiarmente bien definida.

36 La última década, casi hasta su final, se ha caracterizado en California por la misma actividad económica manifestada en los Estados del Norte, y en realidad en todo el mundo civilizado, si tenemos en cuenta la interrupción de los cambios y la perturbación económica causadas por la guerra y el bloqueo de los puertos del Sur. Esta actividad no se puede atribuir a la inflación del papel moneda ni a los despilfarros del gobierno general, a los cuales, en los Estados orientales, se atribuye desde entonces la relativa actividad de aquella temporada; porque, a pesar de la formal sumisión a las leyes, la costa del Pacífico se atuvo a la moneda acuñada, y el Gobierno federal extrajo en contribuciones mucho más de lo que restituyó en gastos federales. Se podía atribuir únicamente a causas normales, pues si bien los "placers" declinaban, las minas de plata de Nevada se abrían, el trigo y la lana empezaban a sustituir al oro en las listas de la exportación, y un aumento de población y la mejora en los métodos de producción y cambio elevaban constantemente la eficacia del trabajo.

37 Con este progreso material sobrevino una elevación constante del valor de la tierra —su consecuencia—. Este continuo avance engendró una mayor especulación que, con la era de los ferrocarriles, elevó el valor de la tierra en todas direcciones. Si la población de California había crecido constantemente mientras el principal medio de comunicación con los Estados del Atlántico era la costosa y larga ruta del Istmo, infestado por la fiebre, se pensó que crecería enormemente con la apertura de un camino que colocaba el puerto de Nueva York y la bahía de San Francisco a siete días de fácil viaje, y cuando en el mismo Estado la locomotora sustituía la diligencia y la galera. El esperado aumento del valor de la tierra que de esto debía resultar se daba por descontado anticipadamente. En los suburbios de San Francisco, los solares se elevaron en cientos y miles por cien, y la tierra de

labor se adquiriría y retenía a precios elevados, en cualquier dirección que el inmigrante deseara ir.

38

Pero la esperada afluencia de inmigrantes no se verificó. El trabajo y el capital no pudieron pagar tanto por la tierra y obtener la debida recompensa. La producción fue refrenada, si no absoluta, al menos relativamente. Cuando el ferrocarril transcontinental estaba a punto de concluirse, en vez de un aumento de actividad empezaron a manifestarse síntomas de depresión; y cuando se terminó, al período de actividad le sucedió un período de depresión, del que no se ha restablecido por completo desde entonces, y durante el cual los salarios y el interés bajaron constantemente. Lo que he llamado la línea de la renta o margen del cultivo, de este modo (así como por la constante marcha de los perfeccionamientos y el aumento de población que, si bien más despacio que de otro modo hubiera sido, prosiguen todavía) se aproximó a la línea de la renta de especulación; pero la tenacidad con que un aumento especulativo en el precio de la tierra se sostiene en un país próspero es bien conocida (1).

39

Ahora bien, lo que pasó en California sucedió en toda comarca progresiva de la Unión. Dondequiera que se construyó o proyectó un ferrocarril, la tierra fue monopolizada con antelación, y el beneficio de la mejora se anticipó en un mayor valor de la tierra. Excediendo de este modo de lo normal los aumentos especulativos de la renta, la producción fue refrenada, la demanda disminuyó y el trabajo y el capital se desviaron de las ocupaciones más directamente concernientes a la tierra para saturar aquellas en que el valor de la tierra es un elemento menos perceptible. Así es cómo

(1) Es sorprendente cómo se sostienen los precios especulativos de la tierra en un país nuevo de grandes perspectivas. Es corriente oír la frase: «No hay mercado para el suelo; no se puede vender a ningún precio», y, sin embargo, al mismo tiempo, si queréis comprarlo, tendréis que pagar los precios imperantes cuando la especulación estaba alta, a menos que encontréis alguien que esté absolutamente obligado a vender. Porque los propietarios, confiados en que el valor de la tierra ha de aumentar finalmente, la retienen mientras pueden.

la rápida extensión de los ferrocarriles está relacionada con la crisis que le siguió.

40 Y lo que sucedió en Estados Unidos acaeció de un modo más o menos visible en todo el mundo en progreso. En todas partes el valor de la tierra ha crecido rápidamente con el progreso material, y en todas partes esta elevación engendró un aumento especulativo. No sólo el impulso de la causa principal irradió desde las nuevas comarcas de la Unión a las más antiguas, de Estados Unidos a Europa, sino que en todas partes la causa primaria obraba. De aquí se siguió la crisis industrial y comercial del mundo entero, engendrada por el progreso material de todo el mundo.

41 Se creará que he dejado inadvertida una circunstancia, al atribuir estas crisis económicas al avance especulativo de la renta o valor de la tierra como causa fundamental y primaria. El efecto de tal causa, aunque sea rápido, tiene que ser gradual: se asemeja a una presión y no a un choque. Y, sin embargo, estas crisis económicas parecen llegar repentinamente —en su principio, tienen el carácter de un paroxismo, seguido de un letargo relativo, como de extenuación—. Todo aparenta seguir como de costumbre, el comercio y la industria vigorosos y pujantes, cuando de repente hay una conmoción, como la de un rayo en medio de un cielo despejado —un banco quiebra, un gran fabricante o comerciante caen—, y, como si un vendaval hubiese sacudido toda la organización económica, a una quiebra sigue otra, y por todas partes los obreros son despedidos del trabajo, y el capital se retrae en una seguridad improductiva.

42 Explicaré cuál es, en mi sentir, la razón de esto: para ello debemos tener presente cómo se verifican los cambios, ya que por ellos todas las variadas formas de la economía están enlazadas en organización recíproca e interdependiente. Para poder realizar cambios entre productores muy separados entre sí por el espacio y el tiempo, tiene que haber vastos acopios almacenados y en tránsito, y, como ya expliqué, creo que esto es la gran función del

capital, además de la de proporcionar herramientas y semillas. Estos cambios, quizá por necesidad, en gran parte se hacen a crédito, es decir, que por un lado se hace el adelanto antes de recibir de la otra parte el pago.

43

Ahora bien, sin detenernos a investigar las causas, es evidente que, en general, estos adelantos los hacen las industrias más altamente organizadas y últimamente desarrolladas a las más fundamentales. La Compañía de la Costa Occidental del África, por ejemplo, que cambia aceite de palmera y cocos por percal de vivos colores e ídolos de Birmingham, cobra inmediatamente; el comerciante inglés, por el contrario, ha de entregar sus géneros mucho tiempo antes de cobrarlos. El labrador puede vender su cosecha en cuanto esté recolectada y al contado; el gran fabricante ha de tener una provisión cuantiosa, enviar sus géneros a muy distantes agentes, y generalmente, vender a plazo. Por lo tanto, como los anticipos y créditos, generalmente, las que podríamos llamar industrias secundarias los hacen a las que podríamos llamar primarias, se sigue que cualquier freno en la producción que provenga de éstas, no se manifestará inmediatamente en aquéllas. El sistema de adelantos y créditos constituye, por decirlo así, una conexión elástica que cede considerablemente antes de romperse, pero cuando se rompe lo hace con un estallido.

44

O, para ilustrar de otro modo mi pensamiento: La gran pirámide de Gizeh está formada de capas de mampostería superpuestas, sustentando la inferior, naturalmente, a las demás. Si por algún medio pudiéramos socavar gradualmente esta capa inferior, el resto de la pirámide conservaría su forma por algún tiempo; pero cuando la gravedad superase la cohesión de los materiales, no se desmoronaría gradualmente y con regularidad, sino que se derrumbaría de repente en grandes bloques. Ahora bien, la organización económica puede compararse con esta pirámide. Cuál es la parte que, en determinado período del desarrollo social, corresponde a cada una de las diferentes actividades productoras, es difícil, y acaso imposible, decirlo; pero es evidente que entre

ellas hay una cierta proporción, exactamente como en una caja de tipos de imprenta hay una cierta proporción entre las varias letras. Cada forma de la actividad, tal como se ha desarrollado por la división del trabajo, nace y procede de otras, y todas descansan, por último, sobre la tierra, porque sin la tierra el trabajo es impotente, como lo sería un hombre aislado en el espacio. Para que el ejemplo resulte más adecuado a la condición de un país en progreso, imaginad una pirámide formada de capas superpuestas, todas las cuales crecieran y se extendieran constantemente. Imaginad que el crecimiento de la capa más próxima al suelo se reprima. Las otras continuarán extendiéndose por algún tiempo —en realidad, al principio tenderán a desarrollarse más rápidamente, porque la fuerza vital, privada de objetivo en la capa inferior, procurará hallar empleo en las de arriba—, hasta que, al fin, hay un franco desequilibrio, y un repentino derrumbamiento en todos los lados de la pirámide.

Que la causa fundamental y la marcha general de las crisis económicas periódicas, que están pasando a ser un rasgo tan característico de la vida social moderna, se explican así, es claro, a mi juicio. Y recuerde el lector que son únicamente las causas esenciales y la marcha general de tales fenómenos los que procuramos descubrir o que, en realidad, es posible descubrir con alguna exactitud. La economía sólo puede tratar y sólo necesita tratar de las tendencias generales. Las fuerzas derivadas son tan multiformes, sus acciones y reacciones son tan variadas, que el carácter exacto del fenómeno no se puede predecir. Nosotros sabemos que si se corta un árbol caerá; pero la dirección precisa será determinada por la inclinación del tronco, la expansión de las ramas, el impacto de los golpes, la procedencia y la fuerza del viento; y hasta un pájaro posado sobre una ramita, una asustada ardilla, saltando de rama en rama, no dejarán de influir. Sabemos que un insulto producirá una sensación de enojo en el corazón humano, pero decir hasta qué punto y de qué manera

se manifestará, requeriría una síntesis que abarcase al hombre entero y todas sus circunstancias, pasadas y presentes.

46 La manera como la causa suficiente, con la cual las he relacionado, explica los rasgos fundamentales de estas crisis económicas, contrasta de un modo notable con las tentativas contradictorias e incongruentes que, basadas en las teorías corrientes sobre la distribución de la riqueza, se han hecho para explicarlas. Es claro en todas partes que el avance especulativo de la renta o del valor de la tierra precede invariablemente a todos estos períodos de crisis económica. Es evidente, para cuantos tengan presente la necesaria relación entre la tierra y el trabajo, que guardan entre sí la relación de causa a efecto.

47 Ya se puede observar en Estados Unidos que la presente crisis sigue su curso y que, del modo indicado ya, se va estableciendo un nuevo equilibrio del que resultará otro período de actividad relativa. La línea normal de la renta y la línea de la renta de especulación se van juntando: Primero, por el descenso del valor especulativo de la tierra, que se hace muy ostensible con la reducción de las rentas y el descenso del valor de los bienes inmuebles en las principales ciudades. Segundo, por la mayor eficacia del trabajo originada por el aumento de población y el uso de inventos y descubrimientos nuevos, de alguno de los cuales, casi tan importante como el uso del vapor, parece que estamos a punto de apoderarnos. Tercero, por el descenso del tipo habitual del interés y de los salarios, que, en cuanto al interés, se ve por la negociación de un empréstito del gobierno al 4 por 100, y, en cuanto a los salarios, es demasiado notorio, en general, para detenernos en una cita detallada. Cuando el equilibrio quede restablecido así, comenzará un nuevo período de actividad, que culminará en un avance del valor especulativo de la tierra (1). Pero los salarios y el interés no recobrarán el terreno perdido. El resultado defini-

(1) Esto fue escrito hace un año. Ahora (julio 1879) es evidente que ha comenzado un nuevo período de actividad, como antes predije, y en Nueva York y Chicago los precios del suelo ya han comenzado a recobrase.

tivo de todas estas perturbaciones u oleajes es el descenso gradual y forzado del salario e interés hacia su mínimo. Estas crisis temporales y periódicas no son, como se observó en el primer capítulo, sino intensificaciones del general movimiento que acompaña al progreso material.